

PRINT

LA MÁQUINA DEL TIEMPO

Germán Agudelo Montoya. MD.
Profesor Ad honorem de la Universidad de Caldas

"Como una pesadilla que no acaba jamás
el culto a la violencia y gentes que se van
regalando sus vidas por un gran ideal
que sólo los de siempre llegan a disfrutar".

Ángeles del Infierno, 1993.

PALABRA CLAVE:

Ambiente.

¡Por fin! Después de tantos sueños e ilusiones rotas, se daba el gran anuncio: inventada la máquina del tiempo. Así, lacónico y a ocho columnas fue anunciado en todos y cada uno de los más importantes periódicos del mundo, agencias noticiosas y televisivas, TV cable, Internet y cuanto medio existiese.

La humanidad, luego de larga espera, contaba con un dispositivo para solucionar los males del pasado (heredados), la ignominia del presente y la aterradora visión del futuro: ¡Una máquina del tiempo!

Los genios que la inventaron le pusieron un nombre técnico, poco curioso y llamativo, al cual no se le prestó atención por lo discreto y que tal vez merece un análisis más detallado, ya no importa si ulterior, puesto que para eso está la máquina: para arreglarlo todo, sin importar el tiempo y los errores, con ella todo se soluciona.

Una publicación tecno-científica que llegó a mis manos (¿o llegará?) mostraba unas fotos del aparato. Me imaginaba algo así como una gran cámara de metal llena de botones, luces multicolores y computadoras sofisticadísimas, de color gris pálido, de pronto, con energía solar (limpia) alimentando sus microchips.

¡Nada de eso! me pareció más bien como un rollo; sí, un cilindro de dos centímetros de diámetro y de unos cinco centímetros de altura, además, con un hueco central que atraviesa toda su altura, de un centímetro de diámetro, permitiendo ver de un lado a otro. De un color gris pardusco en su superficie, este cilindro daba la apariencia de un objeto viejo, con textura o tal vez relieve. De pronto, la resolución de la foto no permitía delimitar más detalles; pero daba la impresión, de que algunas partes del relieve eran móviles, cambiaban de forma como las nubes.

Por esa misma época, o antes, tuvimos la oportunidad de visitar un municipio cercano, que adquirió la máquina con recursos obtenidos por participación comunitaria, llamado Wersalles II. Y no sólo visitamos el poblado por curiosidad, sino que era una visita académica, que llaman de práctica o de estudio. Entre otros motivos, mamar gallo, hacer otra cosa, divertirse, faltar al trabajo, aprender (¿?).

Muchos cambios se habían dado en Wersalles II, tan sutiles que sólo un ojo avisado podía ver. Todo era como lo mismo, pero distinto. Ahí estaban las casas del pueblo, de una o dos plantas, con corredores con chambranas, calles pavimentadas y gente simple.

Visitamos el hospital local (por fuera, era igual a otros hospitales de primer nivel de atención y por dentro, también), centro de las acciones en salud donde los diferentes grupos CPC (centros de participación comunitaria), ancianos, médicos, gestantes y adolescentes de colegio nos hablaron y mostraron los cambios (¿?). La paz se oía superficialmente por todas partes, era como un hábitat de felicidad. También, y eso era lo importante, nos oró (¿arengó?) un sicólogo empleado de una transnacional que se encargaba de la parte operativa de la máquina, en asuntos, según él, baladíes como: la sexualidad, el comportamiento, la ética, la moralidad y la religión y además del control operativo de la CPC. El operario principal, Mr. Smith, gringo de 1,90 metros, delgado, atlético, de mirada angelical, con un excelente español agringado, nos explicó, con sonrisa pepsodent y actitud patriarcal, del funcionamiento del aparato, no del aparato. Dijo que, como presidente desde hacía cinco años (o ayer) del CPC, se mostraba muy satisfecho por 'los avances de la comunidad': poco o nulo desempleo, participación de todos los sectores de la comunidad y mucha felicidad. También habló el guardián de la máquina, un médico que se estableció en Wersalles II (antes Wersalles) hace como veinticinco años, quien decía con voz profunda: "La comunidad no tiene que venir a nosotros en el hospital, aunque si quiere puede hacerlo. Nosotros vamos a ella".

Dada mi circunspección y que a ninguno parecía importarle la máquina y más aún, me miraban con extrañeza (cuando tangencialmente terciaba sobre el asunto), también con incredulidad y benevolencia, opté por ni siquiera mencionarlo, pero sí a mirar y escuchar algo que me orientara al sitio donde podría guardarse.

Me escabullí con un compinche, sigilosamente, tratando de no despertar sospechas en la comunidad, comportándonos como aldeanos (sueño de antropólogo). Buscamos y encontramos un sitio donde jugar billar, tomar cerveza y fumar. Logramos parcialmente nuestro objetivo: efectivamente, jugamos billar. Otros jugaban. Tomamos cerveza y fumamos, pero nadie más lo hacía. Ahí fallamos y nos descubrieron vilmente, no sólo por la pinta de turistas. Sólo bastaron sus miradas para juzgar y condenar.

Si esa tarde hubiésemos visto más allá de lo evidente (con la espada del augurio), cuando al ver las señoritas del CPC juvenil estudiantil nos hubiésemos percatado que en Wersalles II no hay moteles. ¡Haberle puesto cuidado a su discurso de la sexualidad permitida, la orientada por el psicólogo-operario! El mismo cuya mano derecha era un cura del pueblo.

Vacío, oscuridad, desasosiego. Siento como si cayese a una gran velocidad y acelerando, sin temor de golpearme más tarde. Se escucha, suavemente, en lontananza, tal vez abajo o atrás una cantinela ritornelo que amor-tigua mi caída:

"Me imagino paseando en un sueño
 imagino la gente feliz
 imagino niños sonriendo
 y en mis sueños que estés junto a mí".
 Ángeles del Infierno, 1993.

¡Y yo buscaba la máquina del tiempo! Ella me encontró, sólo tuvo que chuparme y meterme en ese sin-espacio que asimilé a una caída libre. Ya en el suelo, miré a mi alrededor pudiendo distinguir, como a unos dos metros de donde yacía sentado, al susudicho aparato. No emitía sonido alguno aunque se notaba que giraba, tampoco resplandecía fuera de lo común, sólo giraba y desenvolvía algo como una especie de cinta con inscripciones; pero supremamente tenue, transparente, sin espesor. Me acerqué cuidadosamente y pude leer una placa: "Esta es la máquina del tiempo, su nombre es: Desarrollo sostenible".

Ya no sabía si aún permanecía en Wersalles II o todo había sido un sueño. Me quedaban mis dudas puesto que ahí lucía ella toda impávida girando sin cesar y sin sonido, vomitando inscripciones, de las cuales recuerdo algunas muy impactantes, ya que rebotaban en el piso, golpeaban las paredes haciendo recorridos locos. No tenía, en ese momento, certeza alguna acerca de si podía: 1. Ser impactado ó 2. Siendo impactado, aporrearme u otra cosa peor.

Una inscripción-misil que rozó mi rodilla derecha era: "Equidad intergeneracional", golpeó contra el techo y se metió por un roto-ventana. Así mismo, "Nivel poblacional sostenible", "Conservar y aumentar la base de los recursos", "Satisfacción de las necesidades humanas de esta generación". Otras daban de pared en pared y se metían por el mismo roto, éstas fueron: "No afectan las necesidades humanas de las próximas generaciones", "Reorienta tecnología y controla riesgos". Una me pegó en la frente y casi me deja calvo, haciendo lo de las otras, "Articula el medio ambiente y la economía". Solo recuerdo (en medio de la desorientación que me causo el golpe, que me tiró de bruces contra el techo y que me produjo un trauma encefalocraneano), que yo reía. No entiendo por qué me causó risa. La última me pegó en la ingle y en medio de la risa me dieron ganas de ir al baño, ella fue: "Permite tomar decisiones a la comunidad".

Me examiné cuidadosamente, pudiendo comprobar que no tenía signos de focalización neurológica y descarté un trauma encefalocraneano severo, fui al baño y no había hemorragia (cero hematuria). Ya recuperado, me acerque a la ventana aprovechando unos momentos de pereza de la máquina y saqué la cabeza por ella. En su alféizar se dejaba leer una frase: "Ambientes y estilos de vida saludables", en la parte izquierda superior derecha; y en la inferior, "Sostenibilidad". Al frente, en unas verdes montañas, obra cuidadosa de muchos jardineros (campesinos), y a la mejor usanza de Hollywood, con letras cada una de un kilómetro de largo y de ancho, "Felicidad". Alcancé incluso a ver la llegada de la inscripción que causó risa por la desorientación secundaria al TEC, "Articula el medio ambiente y la economía": Se detuvo como a 3.500 metros de altura sobre la felicidad, estalló como pólvora multicolor y se esparció suavemente sobre ella.

Como ya era medio día, me devolví sobre mis pasos, desenchufé el aparato y me lo guardé en el bolsillo. Fue un acto automático y no creo que hubiese sido un robo. Ello me pasa con algunos objetos: Los lapiceros baratos, pero sólo cuando tengo puesto el uniforme de médico (bata), inevitablemente van a parar al bolsillo derecho; y las cajas de fósforos, cuando tengo puesta la chaqueta en aquellos días que juego billar y tomo cerveza. Es una especie de cleptomanía contextual. Aún me pregunto: ¿En qué se parecen un lapicero barato, una caja de fósforos y el desarrollo sostenible? En algo se tienen que parecer, ya que también este último tuvo el mismo destino: un bolsillo.

Close Window